

(¿pero cuántas páginas realmente iluminadoras se han escrito sobre Borges?; ¿no asumen ya de mano la mayoría su condición de glosas de lo dicho por el autor?), Stavans se vistió con ropas de combate y aprovechó la ocasión para repartir algunos mandobles irreflexivos. El peor parado en la reyerta fue Norman Thomas di Giovanni, a quien Stavans despachó en medio párrafo cuya maledicencia parecía querer remedar la del maestro. No son muchos los que se acuerdan ahora de di Giovanni, pero a él debemos, al menos, una espléndida antología de la poesía de Borges que reunía las traducciones de nombres tan notables como Richard Wilbur, W. S. Merwin, Alistair Reid, John Hollander y John Updike. Su entusiasmo y buen hacer editorial tuvieron hondas repercusiones en el proceso de popularización de una obra que ha creado su propio excedente de intérpretes, cuidadores y fanatismos varios. También en el mundo anglosajón este exceso ha derivado en guerras sin cuartel entre facciones enemigas, y el intercambio a tres bandas entre Stavans, di Giovanni y Eliot Weinberger que siguió a la reseña del primero fue un bilioso muestrario de las ironías y acusaciones (por una vez no veladas) que animan a los albañales del mundo académico.

En verdad, Stavans demostró no ser sino un lector correcto y medianamente culto, aunque un tanto ofuscado por las supersticiones de cierta traductología moderna. El oscuro relativismo de algunas reflexiones teóricas recientes ha sustituido el carácter subsidiario de la traducción por un sano orgullo creativo que en ocasiones (todo hay que decirlo) ronda el exceso y el absurdo. Recuerdo ahora una reseña reciente de una antología de Keats en la que su joven firmante declaraba con la contundencia que es privilegio de la ignorancia que las versiones castellanas eran mejores que el original, y por esos riesgosos predios vimos adentrarse también a Stavans. No en vano tuvo a bien cerrar su labor de deconstrucción con una perla que ni siquiera la glosa explicativa hubiera empañado: «¿No sugirió este argentino nada argentino que los originales tenían la costumbre de ser infieles a las traducciones? Y, no obstante, sólo en traducción es posible disfrutar de Jorge Luis Borges». Ya en otro momento había afirmado que «traducir a Borges [al inglés] es traerlo de vuelta a casa», pero ahora el veredicto era inapelable por concluyente.

Hay que agradecerle a Stavans su impagable revelación, que debió tener a sus ojos la urgencia de un imperativo moral. Después de tantos años aquejados de una fatal ceguera, al fin alguien nos decía lo que nosotros, provincianos lectores de habla española, nos negábamos a reconocer: ¡a Borges hay que leerlo en inglés! Pensábamos, en nuestra inocencia, que era posible disfrutar de su escritura sin ayuda de la traducción inglesa, que bastaba con las páginas de apretada letra de las *Obras Completas*, que había

cierto placer en las rimas y enumeraciones que habían asordado el brillo verbal del español, otorgando una medida clásica a nuestro proverbial barroquismo. Pero he aquí que Stavans nos sacaba del error y plantaba un espejo de cruel nitidez ante nuestras carencias.

Stavans es todo un señor catedrático, así que no puede achacarse su veredicto a un arranque de precipitación juvenil, o a las ganas de forjarse un nombre repitiendo una versión rebajada de los tópicos de la teoría post-estructuralista. No, estamos ante una frase pensada, que corre a lo largo de su reseña como una falla tectónica. Lo que pudo ser un análisis inteligente de las huellas de la tradición anglosajona en Borges (pues esas huellas existen y son numerosas, y pienso por ejemplo en su uso del soneto isabelino, o en su actualización abreviada del monólogo dramático de Browning), se convierte en manos de Stavans en una trama vulgar de paradojas prestadas, que escandalizan no tanto por su posible novedad como por la pobre concepción de la literatura que encarnan.

Pobre Borges, expuesto una y otra vez al afán universal de apropiación nacional, él que tanto deseaba olvidarse de las fronteras idiomáticas (e incluso políticas). Las supersticiones nacionales son muchas y muy variadas, pero todas tienen en común ese fondo reduccionista que pretende explicar la obra por su origen cultural o geográfico, o como expresión de una honda idiosincrasia nacional. En este sentido tanto da la superstición argentinista de un Marcos Ricardo Barnatán («Borges no dejó nunca de ser argentino en el sentido más ecuménico, y sólo una cultura como la argentina pudo producir un genio literario de su naturaleza. Borges era europeo como sólo lo puede ser un argentino», se lee en su por otro lado amena *Biografía total*) como la anglosajona de los Stavans y compañía. (La superstición española es otra, y es tal vez la que impidió que su obra fuera conocida entre nosotros hasta bien entrada la década de los sesenta. Son legión aún los escritores y críticos españoles que no aceptan lo que no refleje su «castizo y noventayochista ombligo», en la expresión afortunada del poeta Álvaro Valverde).

Hay algo en estas supersticiones nacionalistas que no rima con la profunda esencia de la literatura borgiana, que es como decir de la literatura a secas. En un país como el nuestro, que tiene un poeta laureado en cada comunidad autónoma, que cuenta por cientos los premios y anuarios y antologías provinciales, que ha hecho de la singularidad local una barrera casi insalvable para la comprensión, tal vez los comportamientos de Stavans & cía. no provoquen mucha extrañeza. Son los nuestros. Parecemos no aceptar (pues hablo de un instinto más fuerte que la voluntad de entendimiento) la naturaleza dialógica de la literatura. Es privilegio de un poema

o de una novela vivir de los recursos de una tradición (o de varias), pero sus hallazgos, para serlo verdaderamente, han de escapar del abrazo maternal y posesivo del idioma. Lo demás son ganas de tejer solemnes mitologías con los frutos de la soledad humana; la trama de «polvo y tiempo de sueño y agonías» en que Borges cifró la existencia es la misma en cada idioma.

La reacción disparatada que ha provocado Borges en nuestros dos cate-dráticos (aunque el disparate de Stavans no es comparable a la traviesa ficción urdida por Richmond) es una prueba cabal de lo dicho. Ambos hallaron en sus libros un reflejo que era y no era el suyo, y fueron conminados a responder: en un caso, la respuesta fue el juego; en el otro, la estupidez.